

cas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traído á este santo templo. No perdais de vista á San Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalén de la Gloria, que á todos deseo. *Amén.*

PANEGÍRICO II

DE SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR.

Ordinavit in me charitatem.
 Ordenó en mí el amor.

(CANT. II, 4.)

¡Cuán raras son las obras de la caridad que, fijando sobre sí las esperanzas del mundo, se atraigan al mismo tiempo las gracias del Cielo! La apariencia de los sentimientos no siempre lleva el sello de la sinceridad. Es una caridad política, á la cual mueve el interés; una caridad ostentosa, cuya vanidad corrompe el mérito; una caridad que sorprende al mundo, porque no sabe conocer la falsedad ni la hipocresía. El mundo es el centro de la ilusión. La verdadera caridad es pura en sus motivos, sublime en sus designios, desinteresada en su conducta, humilde en sus sucesos; y hace igualmente el elogio, tanto de la religion que la inspira, cuanto del héroe que la practica.

Todavía no he citado á S. Juan de Dios; pero ¿será necesario nombrarle para quien reconozca su carácter? Como modelo, apóstol y víctima de la caridad, la consagró sus trabajos, encontró en ella su gloria, y parece que la ofreció todas sus virtudes. Si reflexionamos acerca de sus acciones y sentimientos, hallaremos, que la caridad misma se tomó el cuidado de formar su corazón. Al oír su voz todo lo dejó, todo se atrevió á emprenderlo, y todo consiguió realizarlo. Ó por decirlo mejor, el Cielo fué quien llamó á nuestro Santo al ingrato y penoso ministerio de la caridad, d'rigiéndole y señalando sus pasos con el resplandor de sus milagros. *Ordinavit in me charitatem.*

La caridad que Dios inspira fué su vocacion. La caridad que Dios anima fueron sus empresas. La caridad que Dios corona fué su recompensa. Os lo demostraré despues de implorar los auxilios de la gracia por la intercesion de la Santisima Virgen: *A. M.*

Siempre fiel el Señor á su Iglesia, nunca dejó de tener sobre ella designios misericordiosos. ¿En cuál de las vocaciones de los santos manifestáronse sus misericordias con más brillantéz que en la de San Juan de Dios? El día de su nacimiento parece que presagiaba ya las maravillas que la Iglesia podía esperar de él. La cuna de los príncipes es el primer teatro de su debilidad; pero la de nuestro Santo lo fué de su gloria. Un nuevo profeta le anunció; un ministro, divinamente inspirado, asegura, que en los decretos eternos estaba destinado san Juan de Dios para venir á ser el protector y el padre de los pobres. Pero, ántes de admirar la fidelidad del Santo, observemos la conducta de Dios para con él; los ejemplos edificativos que le mostró, las revelaciones imprevistas que le suscitó, y las particulares gracias con que le colmó. Tales son las miras que preparan y deciden la vocación de nuestro Santo. Su caridad es inspirada por Dios. El ejemplo es un maestro poderoso y lleno de imperio, sobre todas las edades influye; pero en la juventud encuentra más docilidad, y casi siempre hace sobre ella impresiones más fuertes y durables. Nuestro Santo le halló muy persuasivo, en la edificante conducta que ofrecieron á sus reflexiones los sábios y virtuosos autores de sus días. Incapáz aún de experimentar sus vehementes impulsos, estudiaba ya sus útiles lecciones. Una probidad cierta y segura, unas costumbres irreprehensibles, unos cristianos sentimientos, son solamente las riquezas que recoge para su hijo el padre de Juan de Dios. Contento con una decente posición social, y poco celoso de una prosperidad dañosa, supo, hasta en las ocasiones más deplorables, hallar recursos para socorrer la indigencia, y asilo para los afligidos. Su corazón era ingenioso para suministrarles más allá de sus esperanzas y de sus deseos. Casi se puede creer, que los tesoros se multiplicaban entre sus manos caritativas. Estos generosos sentimientos de un padre misericordioso, los veía crecer nuestro Santo, animados por los tiernos cuidados de una madre, cuyo nombre nos callan los historiadores, aunque le consagran á la inmortalidad con el de madre de los pobres.

Movido Juan de Dios de tan admirables ejemplos; ¿cómo era posible que no los abrazase y estuviese penetrado de ellos? ¡Ah! los elogios, que con la voz del reconocimiento prodigaban los infelices á sus padres, le parecían otros tantos motivos para merecer por las mismas acciones iguales recompensas. Los ejemplos que fijaban su atención formaban sus sentimientos. Apenas se conoció á sí mismo cuando advirtió, que la mayor felicidad consistía, no en la grandeza, ni en la opulencia, sino en el delicado placer de hacer felices á otros.

¡Oh Religión santa! ¡Oh Iglesia de Jesucristo! ¡Cuánto te debes promover de una caridad, cuyos primeros ensayos parece que están anunciando una virtud consumada!

Mas ¿qué imprevisto acontecimiento trastornó, al parecer, los proyectos de Juan de Dios, engañó la esperanza de los pobres, y se opuso á las miras de la Providencia? Apenas salió de las tinieblas de la infancia, cuando, como otro José, fué arrancado del seno de una familia llorosa y dolorida. El Cielo lo permitió, para abrir á Juan de Dios la carrera por donde debía de caminar. Era menester que expuesto á todos los rigores de la pobreza, probase por medio de una útil experiencia los horrores y lástimas de semejante estado; y que conociese por la caridad que se ejercía con él, la obligación que tenía de ejercitarla con los demás. Aquel es más sensible á la miseria humana, que por sí mismo ha sido la víctima de ella. Pasó nuestro Santo de estado en estado, y en todas partes fué digno de elogios, en todas superior á su humilde fortuna: hasta la misma envidia le respetaba. La virtud brilla en medio de las tinieblas... Yo veo á su mérito en disposición de proporcionarle un enlace tan lisonjero como inesperado. Mas nó, gran Dios; no es por el camino de los honores, ni de las riquezas por donde quereis dirigir á este vaso de elección; es por el de las contrariedades y por el de los reverses de la fortuna. Cuando parece que más bien le alejas de Ti, sabrás unirte estrechamente. Haz que tocado con tu mano aprenda á conocer tus designios, respetarlos y conformarse con ellos. Llegará tiempo, en que sea un gran pecador, para más bien ser después un hombre de caridad. En los peligros de la guerra le espera: el héroe prepara al santo. Consideradle entre los dos más grandes príncipes de la cristiandad, atrayéndose ya las atenciones de toda la Europa. Carlos V y Francisco I se habian empeñado en unas guerras casi siempre renacientes. España vió á Juan en el sitio de Fuenterrabía, animado de un valor noble é intrépido, estimulado por la gloria de la patria, que le hizo arrostrar los peligros y menospreciar la muerte. La verdadera virtud hace siempre á los hombres tales como lo deben ser. ¡Dichoso él si, inaccesible su corazón á los sentimientos del temor, lo hubiera sido igualmente á las impresiones del escándalo! Mas ¡ah! cuán dificultoso es en medio de la licencia de las armas escuchar siempre la voz austera del deber! Presentóse la seducción, y se entregó á ella: olvidóse de su piedad, trocósele el corazón; y degenerando su santidad, cayó como hombre miserable. Ya no era Juan de Dios el mismo que ántes.

Pero, aunque la flaqueza tenga sobre él algunos derechos, no los conservará por mucho tiempo: la reflexión le atraerá bien pronto el

arrepentimiento; los remordimientos seguirán á su delito, é iluminándole el Cielo, le moverá la gracia. Herido y atemorizado como otro Saul, percibía, bañado en su sangre, la horrorosa imagen de la muerte. El sepulcro se le abría á sus ojos... ¡Qué objetos tan tristes! Una séria reflexion sobre sí mismo le puso en claro toda la vergüenza y el delito de sus extravíos. Agitado y lleno de turbacion, gemía, suplicaba y se mutaba. Improvisamente se le vió renacer á la virtud y á la vida. Mas ¡ah, hermanos míos! ¿Era acaso necesario, que escapase de este peligro para que entrase en otros mayores? Aunque lleno de gloria tocó el instante de la muerte, le faltaba todavía llegar á sus puertas lleno de terror, de ignominia y deshonrado. Los santos siempre tienen enemigos. Acaeció, pues, un robo, y al parecer recalán sobre S. Juan de Dios los indicios de tan odioso crimen. Sospechaba en él la desconfianza, le acusaba la calumnia, y le condenaba la injusticia. ¡Cuidad, gran Dios, cuidad de su vida! Vos sois el protector de la inocencia: á Vos, y no á otro, toca el defenderla. Apenas pasó un corto tiempo, cuando se observó á nuestro Santo, que caminaba por instantes á expiar en un suplicio infame, un delito que no había cometido. Mas no perecerá: se reconocerá el error, y triunfará la verdad. Descubrióse el delincuente, y se le castigó, quedando justificada la inocencia. Los enemigos de nuestro Santo vinieron á ser sus admiradores. Llenó la Providencia sus designios; y, por medio de las gracias más singulares, condujo al héroe de la caridad al término de su vocacion. Hasta ahora, hermanos míos, habeis visto en nuestro Santo un hombre, á quien una mano invisible condujo por sendas desconocidas. Había adorado los designios del Altísimo sin percibirlos. Todo se cambió. Á los ojos de este nuevo profeta se descubrieron los misterios de lo futuro. Bajo de una imagen sensible, fué instruido de las pruebas que le esperaban, de los trabajos que le llamaban, de las difíciles aunque gloriosas empresas á que el Cielo le destinaba. Él sabía todo cuanto había de suceder; y con esta cierta ciencia, se inflamaba su celo y se trasportaba su caridad. La divina Providencia le prometía ménos reveses de los que él deseaba.

Los grandes corazones forman siempre vastos proyectos. Si alguna vez no tienen la gloria de la ejecucion, logran, á lo ménos, el mérito del deseo. Los de Juan de Dios no habian sido, desde luego, conformes con las secretas miras que el Cielo tenia sobre él. Clamaba por el martirio cuando le preparaban para el apostolado. Santamente ansioso para derramar su sangre por la gloria de Jesucristo, huía de su pátria, y se lisonjaba de hallar en los crueles discipulos de Mahoma unos enemigos irreconciliables del nombre cristiano; unos tira-

nos favorables á sus generosos designios. Vencedor ya de la peligrosa tentacion que le presentó un tío, dispuesto á colmarle de beneficios, huyó de sus ruegos y de sus lágrimas, surcando, tan pronto sobre un débil barquichuelo las olas de la mar, como viéndose en Argel y en Túnez, en cuyas capitales hubiera querido atacar al mahometismo, predicar el Evangelio, enarbolar el estandarte de la cruz, hallar mazmorras, hogueras, cadalsos y hasta la misma muerte. Pero ¿qué voz es la que se percibe? *Juan de Dios: Granada será tu cruz...* ¡Juan de Dios! ¡Qué nombre este tan admirable! El Cielo es quien se lo dá. *Granada.* ¡Qué teatro! El Cielo es quien se lo designa. *Granada será tu cruz.* ¡Qué destino! El Cielo es quien se lo concede... Escucha Juan de Dios, escucha y obedece. Olvidate del África, no te acuerdes de sus tiranos ni de sus suplicios. Tu muerte no es necesaria á la Religion; pero tu vida es muy preciosa á la Iglesia. No serás mártir de la fé; pero lo serás de la caridad. Granada te ofrece una carrera penosísima, inmensa y dilatada. Muda de resolucion: camina bajo la protección del Dios que te guía, y emprende lo que quieras. Tú no morirás en los tormentos: vivirás, empero, entre los sufrimientos. Cuanto más prolongado es el martirio, más perfecto es el sacrificio. Iluminado, pues, nuestro Santo acerca de su vocacion, no aspiraba ya á otra cosa que á cumplirla. Marchó inmediatamente hácia Granada, cuyo nombre tenia para él mil atractivos. En ella encontró cruces que sobrelevar; ya que esto era el colmo de sus deseos; y si el ministerio que más lisonjea á su corazon es el de socorrer la indigencia, conseguirá, igualmente, ser el padre de los pobres.

Obstáculos sin cuento se oponen á sus designios. Empero, muchas de las contradicciones que experimenta nacen del singular artificio que inventa su humildad. Un pretendido delirio le acarree insultos públicos. El discípulo de la Cruz se atrevió á imitar esta santa locura; locura respetable, pero que le atrajo sobre su conducta mil sospechas inicuas. Accion digna de un héroe evangélico, en la que aho-ga la religion las últimas semillas de amor propio. ¡Oh Dios mío! permítes que tu siervo sufra los viles tratamientos de la más negra calumnia, para que del seno de las humillaciones salga su gloria más pura y más brillante. En el mismo Granada le prepareste un defensor, un panegirista... Los hombres virtuosos siempre se interesan por los triunfos de la virtud.

Poseía entónces Granada un hombre poderoso en obras y en palabras; prodigio de penitencia, gloria del sacerdocio, edificacion de la Iglesia por sus virtudes, su apoyo por su celo, su oráculo por su doctrina; en suma, á Juan de Ávila, varon de ingenio vasto, profun-

do y universal; director prudente, pero firme; predicador célebre y digno de serlo; apóstol de la Andalucía, respetado en toda España, conocido del universo; hombre de consejo y de autoridad, cuyos dictámenes adoptaban los príncipes, de cuyas luces se aprovechaban los sábios, y á quien Sta. Teresa miraba como su defensor, y le consultaba como á su guía y su modelo... Nada más propio que un santo para formar la santidad. Juan de Dios necesitaba un hombre tan universalmente acreditado como éste, para justificar las misteriosas sendas de su piedad, y para desengañar á aquellos á quienes una apariencia poco favorable tenia sorprendida la decision. Los hombres condenan muchas veces lo que debieran admirar. Presentóse nuestro Santo en el tribunal de su juez, y sentenció Ávila. En su conducta descubrió el espíritu del Evangelio, la aplaudió y admiró. Como apologeta elocuente de la santidad, disipó las preocupaciones, confundió á los censores, y aseguró el respeto público á aquel contra quien habia visto levantarse los príncipes, los magistrados, el mundo y el Infierno. En este caso ¿qué podrían contra sus empresas los enemigos de su virtud?

Intenta levantar un edificio vasto é inmenso, proyecto digno de un rey poderoso, y, acaso, superior á las fuerzas de muchos príncipes reunidos, y abrir á la miseria enferma y abandonada un asilo contra las injurias del tiempo y contra las humillaciones de la pobreza; pero todo esto solo, sin recursos, sin proteccion. ¡Hombre temerario! exclamaba la prudencia humana, siempre desconfiada y temerosa; ¿á dónde te arrastra la indiscrecion de tu caridad? ¿Bastará ella sola para realizar tus designios? ¿Cuáles son tus riquezas? ¿Quiénes son tus protectores? Respondeste que Dios es tu apoyo; pero eso es tentar su providencia. La confianza es una virtud, la presuncion de un delito. Más vale no comenzar una obra que abandonarla despues de haberla empezado. Juan no se cuida de esas murmuraciones; emprende su obra, y levanta á la caridad un monumento, que no debe ser sepultado sinó con la destruccion de los siglos.

Apénas se hubo abierto este asilo á la indigencia, cuando se vieron en él todo género de enfermedades. Teatro público de toda clase de miserias y de toda especie de misericordias, velanse en él espectros horrorosos de cuerpos, que no formaban más que una sola llaga; miembros mutilados; bustos animados; el conjunto de todos los males; el aparato de operaciones más sangrientas que las del suplicio; la triste imágen de la muerte, que se reproduce bajo mil formas diferentes; y hasta la muerte misma, vencedora muchas veces contra los socorros y los esfuerzos del arte. Juan

de Dios se encerró, y se propuso vivir y morir en tan triste lugar. ¿Qué sentimientos tan heroicos! vosotros oyentes, los desentrañareis aún mejor en su conducta. ¿Á qué especie de trabajo especialmente se dedicó? Á todos, y para todos bastaba. Era el hombre de todos los cuidados, de todos los empleos: tan codicioso de las humillaciones, como atento para excusárselas á los demás. Nunca se detuvo en asistir y manejar á toda clase de enfermos, aún con el evidente peligro del contagio de sus males. Pero participar de las penalidades de sus hermanos era harlo poco para su ardiente caridad: hubiera querido librarles de ellas á trueque de reunir las todas en su persona. Repartidos igualmente sus cuidados y asistencia entre todos aquellos que la Providencia le habia confiado, parecia que se multiplicaba su prudente actividad; y eran sus trabajos tan universales, que ninguno se escapaba de sus diligentes cuidados. El tiempo del descanso interrumpia las ocupaciones de los demás: las de Juan de Dios eran continuas. El día no las veia empezar; la noche no las veia concluir. Negarse solamente al descanso era su herencia; preferir los enfermos cuyos males eran los más contagiosos, era su mayor privilegio; ir más allá de sus deseos, era su estudio... De esta manera consiguió la sabiduria de su conducta ganarse todos los corazones. El consolar de esta suerte á los pobres y á los enfermos es el verdadero elogio de la caridad más perfecta; es una gloria única tal vez á nuestro Santo. Su caridad, pues, fue una caridad á la cual Dios anima, á la cual Dios sostiene; una caridad, en fin, á la cual Dios corona.

La reputacion de nuestro Santo empezó á traslucirse desde las tinieblas de su establecimiento. Ya le contribuian todos los corazones con el lisonjero homenaje del reconocimiento. Los pobres publicaban los continuos y generosos esfuerzos de su caridad; los ricos se apresuraban á porfía á facilitarle recursos. Ya se construía un edificio más dilatado; y este edificio fué la cuna de una nueva Orden. En efecto; apénas tomó el asilo de la caridad una forma consistente, cuando se vieron acudir para fomentar su celo discípulos fervorosos, indiscretos censores en otro tiempo de su conducta. En él se formaron por sus cuidados y ejemplos los Arias, los Ávilas, los Velascos y los Martinos; hombres cuyas virtudes son bien notorias, y cuya celebridad permanece todavia entre sus imitadores. Allí fué donde empezó esta Orden célebre; esta Orden, cuyos trabajos no tienen otro objeto que el alivio y la asistencia de los pobres; esta Orden, que, extendida por el recinto de una sola ciudad, de un solo reino, debia llevar muy en breve el nombre y la gloria de su santo fundador hasta los climas

más remotos. Los admirables trabajos de los discípulos eternizarán los del legislador; y los lugares más distantes del mundo que no hayan conocido al padre, le conocerán en la persona de sus hijos.

No tardó en llevar el nombre de nuestro Santo hasta la corte el espíritu de esa caridad siempre activa é inagotable. Si no hubiera escuchado más que su humildad, se hubiera negado á la gloria que le llamaba; pero los intereses de los pobres triunfaron de sus repugnancias. Hasta los piés del trono es siempre apóstol; el apóstol de la caridad. Los santos no varían en sus sentimientos. Comunica éstos nuestro Santo á la corte. Se presenta en ella; y llegó ésta á ser tan generosa y caritativa, que casi tocó en prodigalidad. La caridad no obra ménos milagros que el celo. ¿Qué miramiento, ó por mejor decir, que respeto no tributó Felipe II á nuestro Santo? Logró el príncipe verle, como deseaba, y le habló con bondad; pero ¿qué digo yo con bondad? vió satisfechos sus propios deseos; aplaudió su caridad; se declaró protector de su establecimiento; le enriqueció; le colmó de beneficios. Nuestro Santo obtuvo más sin pedir, que pudiera haber deseado lograr la ambición más desmedida. No se olvidó el hombre humilde de lo que era en medio de toda esta gloria; desde las humillaciones pasaba á los honores, y sostenía su brillantez; desde los honores pasaba á las humillaciones, y hallaba en ellas sus delicias.

Mas en este mismo instante me detiene un nuevo círculo de maravillas. Juan de Dios es un nuevo Elías; tanto á su voz como á la de aquel profeta se hacían sensibles los inanimados séres. Habla Elías, y hace brotar un fuego vengador; habla Juan de Dios, y hace que suspenda el fuego su actividad. No muy distante de la casa á que nuestro Santo acababa de echar los fundamentos en Granada, conservaba esta ciudad con reconocimiento otro asilo de los enfermos, cuyo establecimiento, á más de dilatado y rico, era obra digna de la magnificencia de los más poderosos monarcas. En sus principios había tenido á los reyes de España por fundadores, y logrado que fuesen sus protectores por el discurso de muchos reinados... Pero ¡qué desgracia! en un instante creyó perder el fruto de tantas liberalidades y de tantos años... Cae una centella, comunicase el fuego, y tomando un cuerpo increíble, causan las llamas repentinamente los más horribles estragos. Todo perecia, todo se arruinaba: por cuantas partes se miraba, no se veían más que escombros y cenizas. Juan, menospreciando su vida, se arrojó en medio de las encendidas ruinas; por entre aquellos volcanes de llamas, corría hácia los tristes parajes donde el incendio más violento desolaba, trastor-

naba y consumía. Firme, intrépido é invencible, exhortaba, animaba y socorría; y en un solo hombre parecia que se veían muchos Juanes de Dios. Él, únicamente, no percibía el peligro que todo un pueblo temía para con él. Mas ¡oh desolación! Ya le habían perdido de vista las personas que atentamente le seguían; ya no se veía más que un fuego destructor cada vez más vivo y general. Los pobres creían haber perdido á su padre. ¡Qué lágrimas y qué suspiros! Las expresiones más enérgicas serían muy débiles para representar el vivo dolor de que Granada estaba penetrada. Así los grandes como los poderosos, los ricos como los pobres, y, en una palabra, todo el pueblo, confundían sus gritos y sus sollozos. ¡Qué espectáculo tan tierno! Ya no existe aquel hombre, decían, á quien los mismos ángeles habían visto como envidiosos de su caridad, ofrecerse á dividir con ellos sus trabajos. Feneció ya. ¡Oh! de cuánto sentimiento nos hubiera ahorrado, si, escuchando ménos á su celo, hubiera consultado más bien á nuestros temores! Consultade, pueblo justamente afligido, que aún existe Juan de Dios: triunfó del más terrible elemento. El incendio se ha extinguido; los enfermos vuelven á ser socorridos. Aplaudid la victoria de aquel cuya pérdida llorais. El Cielo le conserva por la gloria de la religion. Sea, pues, para siempre la época de su triunfo grabada en todos los corazones, esculpase en vuestros fastos. La Iglesia misma celebrará este milagro admirable y único. Por ella conocerá la posteridad más remota el poder de nuestro Santo. En todos los siglos se dirá, que un hombre guiado por la caridad fué superior á la muerte misma. Se dirá, igualmente, que las llamas que abrasaban su corazón, apartaron, extinguieron y anonadaron las llamas que debían consumir su cuerpo.

¡Qué tejido de maravillas me suministra aún el poder de nuestro Santo, si no fuera preciso compendiar su relato! Entre ellas veriamos, que las rápidas aguas del Genil respetaban á este nuevo Moisés; y que la muerte misma confesaba la victoriosa fuerza de este Eliseo. Más poderosa que los cetos y las coronas, la caridad de Juan de Dios veía huir delante de sí todos los azotes y miserias de la humanidad. Su poder siempre es un poder benéfico. Su caridad alivia á los enfermos, su paciencia les sufre, su poder les cura; y la maravillas que han ilustrado su vida, se perpetúan despues de su muerte.

Mas ¿qué es lo que he dicho? ¡Juan de Dios débil, abatido, moribundo!..... ¡oh dia desgraciado, oh acontecimiento fatal! Ya vá á cubrirse con la tierra la más perfecta imagen del Dios de las misericordias. Pobres de Cristo, corred, venid á recoger los últimos suspiros de vuestro bienhechor. Su salvacion y vuestros

intereses son los objetos que le impulsan, y en los que únicamente se ocupa. Fijos sus ojos en la Cruz, pide protectores y socorros para vosotros al Cielo. No parece sino que se ha olvidado, de que os deja en sus hijos otros tantos padres que tiernamente os alivien. Desde el lecho en que está postrado, lleva vuestras miserias y sus ruegos hasta los pies de los altares. ¡Ah! el altar viene á ser su sepulcro. Ora, suplica y espira. Figuraos la consternacion de Milán con la muerte de S. Ambrosio, y el abatimiento de la Turena con la pérdida de S. Martin, y conoceréis la fiel imágen del duelo y de la desolacion que se esparció por Granada con la muerte de nuestro héroe, La Iglesia perdió en él, digámoslo así, un Santo, que era su ornamento y su gloria. Los pobres reclamaron en él un Santo, que era su apóstol y su padre. Todos los estados perdieron en él un Santo, que era su consejo y su modelo.

Desde luego se puede asegurar, que los mayores obsequios de los reyes no igualan á la pompa fúnebre que el reconocimiento creyó que debía á los preciosos restos de Juan de Dios. Mas bien era una fiesta brillante que un espectáculo lúgubre y triste. Le lloraban y le invocaban. Los sentimientos y los elogios manifestaban ya el principio de la celeridad de su culto. En medio del público dolor quedaba un doble motivo de consuelo; el poder de la intercesion de Juan de Dios en el Cielo, y su espíritu en la tierra. En él perdieron los pobres un padre, que siempre se compadecerá de ellos, y que les dejó muchos padres en la tierra.

Hermanos míos; ¿cuándo caminaréis vosotros por las huellas del santo legislador, cuyo triunfo celebra la Iglesia en este día? ¿No ha de tener imitadores más que entre sus discípulos? Aprended de nuestro Santo el heroísmo de la caridad, caridad que Dios inspira, que Dios sostiene, que Dios corona sobre la tierra y en el Cielo. Esta morada es la que á todos os deseo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE
DE LOS
PANEGÍRICOS
en honor de los
SANTOS
que contiene este segundo tomo.

	PAG.
PANEGÍRICO de San Estanislao de Kostka	1
» I, de San Estéban, protomártir.	44
» II, de San Estéban, protomártir.	21
» de San Eugenio, arzobispo y mártir.	29
» de Santa Eulalia, de Mérida.	38
» de Santa Eulalia, de Barcelona.	47
» de San Felipe, apóstol.	56
» de San Felipe Benicio.	62
» de San Felipe de Jesús, protomártir mejicano.	71
» de San Felipe Neri.	82
» de San Félix, Africano, diácono y mártir, apóstol de Gerona.	91
» de San Félix de Cantalicio.	100
» de San Félix de Valois.	109
» de San Fermin, obispo de Pamplona y mártir.	118
» de San Fernando, rey de España.	127
» de Santa Filomena, virgen y mártir.	135
» de Santa Francisca, viuda romana.	145
» I, de San Francisco de Asis.	151
» II, de San Francisco de Asis.	163
» de las Llagas de San Francisco de Asis.	173
» de San Francisco de Borja.	181
» de San Francisco Caracciolo, fundador del Orden de Clérigos regulares menores.	192
» de San Francisco Javier.	200
» de San Francisco de Paula, fundador.	211
» de San Francisco de Sales, obispo.	220
» de San Francisco Solano.	229
» de San Froilán, obispo de Leon.	237
» de San Fructuoso, obispo de Tarragona, y de sus diáconos Augurio y Eulogio, todos mártires.	245
» de San Fructuoso, arzobispo de Braga.	253
» de San Frutos.	261
» de San Fulgencio, obispo.	269
» de San Gabriel, arcángel.	276